

# Apuntes teórico metodológicos para pensar la esperanza como categoría de análisis sociohistórico: el caso de la dictadura argentina

ANELÍ VILLA AVENDAÑO<sup>1</sup>

CIALC- UNAM, México / anelivilla@filos.unam.mx / DOI: 0000-0003-4795-8518

*De todos nuestros sentimientos,  
el único que no es verdaderamente nuestro es la esperanza,  
la esperanza le pertenece a la vida,  
es la vida misma defendiéndose*  
JULIO CORTÁZAR

*No soy esperanzado por pura terquedad,  
sino por imperativo existencial e histórico*  
PAULO FREIRE

**RESUMEN:** La última dictadura militar argentina (1976-1983) puso en operación un aparato de persecución y represión política que llegó a extremos de suma crueldad, sometiendo la sociedad a un estado de control, que aspiraba a ser totalitario. Desde el fin de la dictadura numerosos estudiosos se han abocado a entender el funcionamiento de ese aparato represivo, lo que nos ha permitido ir desentrañando tanto las raíces estructurales de la violencia como sus dimensiones. Ante este contexto abrumador, es necesario vislumbrar también los mecanismos de resistencia que articularon los actores políticos de cara a esta violencia. Este artículo busca centrarse precisamente en las estrategias emocionales que sostuvieron las y los militantes políticos frente a los momentos más duros de la represión. Para ello propongo hacer una revisión teórico metodológica del concepto esperanza, ubicando su potencialidad como una categoría de análisis sociohistórico para pensar la resistencia en contextos de violencia política, como el de la dictadura argentina. Partiré de las conceptualizaciones teóricas planteadas por Ernst Bloch y otros estudiosos, para pensar la esperanza como categoría de análisis sociohistórico ilustrándolo con las reflexiones testimoniales de algunas mujeres sobrevivientes de la represión política de la dictadura.

**PALABRAS CLAVE:** Esperanza, resistencia, utopía, dictadura argentina, violencia política.

---

<sup>1</sup> Investigadora Asociada “C” Tiempo completo, del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe (CIALC) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Historiadora feminista y Doctora en Estudios latinoamericanos por la UNAM. Co-coordinadora del grupo de investigación Memorias y corporeidad rumbo a procesos emancipatorios, adscrito a la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, UACM. Sus principales líneas de investigación son Memoria histórica; Procesos de transición en América Latina; Teología de la liberación; Sociología de la esperanza; Violencia política en Guatemala y Argentina e Historia contemporánea de las mujeres. Entre sus publicaciones destaca su libro Memorias de esperanza: Las luchas de las mujeres en la guerra civil de Guatemala, 2023.

## Theoretical and methodological notes for thinking about hope as a category of sociohistorical analysis: the case of the Argentine dictatorship

**ABSTRACT:** The last Argentine military dictatorship (1976-1983), put into operation an apparatus of political repression and persecution that reached extreme levels of cruelty, subjecting society to a state of control that aspired to be totalitarian. Since the end of the dictatorship, numerous scholars have devoted themselves to understanding the functioning of this repressive apparatus, which has made it possible to unravel both the structural roots of this violence as well as its dimensions. Given this overwhelming context, it is also necessary to shed light on the mechanisms of resistance that political actors articulated in the face of this violence. This article seeks to focus precisely on the emotional strategies that political agents/actors maintained in the face of the hardest moments of repression. To do so, I propose a theoretical-methodological review of the concept of hope, locating its potential as a category of sociohistorical analysis to review resistance in contexts of political violence, such as in the case of the Argentine dictatorship. I will start from the theoretical conceptualizations proposed by Ernst Bloch, and others scholars and shed light on the concept of hope as a category of analysis through the testimonial reflections of some survivors of the political repression of the dictatorship.

**KEYWORDS:** Hope, resistance, utopia, Argentine dictatorship, political violence.

### Introducción

Ante los contextos de violencia y crisis humanitaria que estamos enfrentando en América Latina, marcados por procesos de acumulación, despojo e incremento de las desigualdades sociales, se hace preciso estudiar tanto las raíces estructurales y los entramados de las distintas violencias, como las diversas estrategias y acciones que las colectividades han trazado a lo largo del tiempo para enfrentarlas.

Estudiar la esperanza en contextos de violencia política permite encontrar los mecanismos de sobrevivencia de la esencia humana, centrar la vista en las acciones cotidianas, que entran dentro de lo que James Scott nombra como infrapolítica (2000), aludiendo a las formas sutiles de la resistencia que se cuelan en los intersticios del poder. Estas pequeñas resistencias se volvieron todo en los momentos de crisis, pues como asegura Susana Sastre, mujer sobreviviente de la represión política vivida durante dictadura argentina “la risa nos permitía volar” (Martín y Mariani, 2014, p. 3). Les abría la puerta para pensar que esa no era la única realidad posible, que habría un mañana de esperanza. Entendiendo la esperanza en términos de Bloch (2006, 2007), quien se refiere a ella como una posibilidad de pensar y construir algo nuevo, rompiendo con la dominación imperante, permitiendo ver más allá de la imposición.

Estudios recientes han comenzado a abordar la esperanza como una categoría de análisis socio-histórico para entender parte de la dimensión emocional de

los procesos sociales y específicamente de los movimientos sociales. Podemos rastrear la preocupación por las emociones desde los pilares de la sociología clásica —Weber, Durkheim o Simmel— pero fue hacia finales de los años noventa que cobro fuerza dentro de lo que se conoce como *sociología de las emociones* vinculada a los movimientos sociales, con autores como James M. Jasper, J. Goodwin, entre muchos otros. Para el caso argentino valga mencionar todo el trabajo impulsado por Adrián Scribano.

Hay dentro de la sociología de las emociones al menos tres enfoques fundamentales, por un lado, encontramos a quienes consideran que es necesario incorporar las emociones al conjunto del análisis social; por otro quienes buscan hacer el análisis de las emociones desde la sociología y finalmente quienes conciben la centralidad de las emociones en el enfoque teórico. Para mi es esta tercera vertiente, que implica pensar a las emociones como el eje del análisis teórico, la que resulta más acertada para pensar casos como el de la dictadura militar argentina, pues nos espolea a cambiar los hitos del relato socio histórico.

Dentro del campo de la historia, la incorporación de las emociones como objeto de análisis puede rastrearse en la Escuela de los Annales y va tomar fuerza a mediados del siglo XX con la historia social británica, con autores como E.P. Thompson, así como con el llamado giro cultural con Peter Burke y las propuestas de Michael Foucault, además de las innegables aportaciones que se han hecho desde la historia de las mujeres, con autoras como Joan Scott hasta las propuestas específicas entorno a las emociones, como el trabajo de María Luis Candau y Claudia Avendaño Vásquez.

Ahora bien, para el abordaje de un concepto como la esperanza es preciso hacer uso no solo de este enfoque de la sociología y la historia de las emociones sino de otras aproximaciones teóricas y metodológicas, ya que un enfoque interdisciplinario nos permitirá acercarnos con mayor complejidad al fenómeno estudiado. En este artículo se hará alusión al campo de la filosofía, con autores clásicos como Ernst Bloch, Karl Löwith, Mark Horkheimer, Walter Benjamin; al campo de la psicología con los postulados de Eric Fromm, así como a la teología con Jürgen Moltmann y específicamente a los teólogos de la liberación que han teorizado ampliamente sobre el tema de la esperanza y la utopía, como Hugo Assman, Raúl Vidales, Carlos Rodríguez, entre otros, así como los postulados de la pedagogía de la liberación de Paulo Freire y los análisis que desde la ciencia social ha hecho Michael Löwy.

Centrar las emociones como el eje del análisis teórico implica un reconocimiento de que somos seres cosmosintientes (Cabnal, 2010) y que nuestras acciones

y decisiones están mediadas - si por una capacidad racional - pero también por una vinculación afectiva. Además, implica reconocer que las emociones no se encuentran aisladas, sino que están en interrelación con otras, y están siempre contextualizadas y situadas a su vez en una dimensión colectiva. En este sentido es importante afirmar que no estamos ante emociones abstractas sino ante emociones situadas.

Siguiendo esta premisa en el presente artículo se situará este abordaje teórico de la esperanza en un contexto específico, para alcanzar a vislumbrar tanto su potencialidad epistémica como sus posibilidades metodológicas para analizar una realidad sociohistórica concreta. El análisis se centrará en el contexto de la dictadura militar argentina, que tuvo lugar entre 1976 y 1983, pues resulta un ejemplo paradigmático para comprender como en un contexto de tal violencia política, donde el horror y la represión llegaron a extremos de crueldad inusitados, la esperanza cobra aún más sentido como categoría de análisis, pues nos permite visualizar la subjetividad política de las y los actores que enarbolaron mecanismos de resistencia para defender la vida en su esencia.

Para el análisis del caso he utilizado además de la revisión documental, testimonios de mujeres militantes, que fueron recopilados de primera mano, valga señalar aquí que se hará uso de seudónimos para nombrarlas, con el fin de resguardar su privacidad. Se revisaron además los acervos testimoniales de la Biblioteca Mariano Moreno y del Archivo Memoria abierta para contextualizar y contrastar dichas entrevistas testimoniales, lo que ha permitido hacer un análisis de lo macro a lo micro.

Con el fin de exponer el uso metodológico del concepto de esperanza se trabajó con 8 casos testimoniales de mujeres militantes, pertenecientes a diversas organizaciones políticas, que vivieron en carne propia la represión política. La mayoría de ellas pasaron por Centros Clandestinos de Detención Tortura y Exterminio (CCDTyE), donde experimentaron toda clase de torturas. De ese tiempo conservan cicatrices profundas, pero han logrado darle la vuelta al dolor y reconocer en estas experiencias también una potencia, porque aun en esas circunstancias lograron afirmar la vida.

## **El principio de no resignación**

Antes de comenzar a analizar las distintas aristas del concepto de la esperanza y poder entender su potencialidad como eje del análisis socio histórico, es preciso remitirnos a su definición más esencial, que implica pensar la esperanza no como una

emoción en sí, puesto que no es una respuesta inmediata o reacción a un estímulo, sino como una estrategia emocional que conlleva, por un lado una acumulación de emociones y experiencias vividas y por otra parte implica la existencia de un proyecto de futuro. Es, podríamos decir, una expectativa positiva que se activa con mayor fuerza en los contextos y momentos en los que la violencia y el horror imperan, en los que el panorama se vuelve sinuoso y pareciera no haber una respuesta ni una salida para la vida digna. Es ahí donde la esperanza cobra mayor fuerza, en los seres humanos que se aferran a la vida. La esperanza implica, por tanto, una agencia del ser que no se resigna ante su negación.

La última dictadura militar argentina, que dio comienzo en marzo de 1976 y se mantuvo hasta el año 1983, fue un momento oscuro para la sociedad argentina, marcado por el terrorismo de estado que impuso una lógica de control y de muerte, poniendo en operación uno de los aparatos represivos más estructurados y más sádicos de la región. Se puso en marcha un aparato desaparecedor, como plantea Pilar Calveiro (2019), que buscaba hacer un borramiento de un amplio grupo de personas que se oponían al nuevo orden. Esta infraestructura de la represión tuvo por saldo al menos 30, 000 personas desaparecidas, miles de asesinados y miles más que estuvieron secuestrados en los Centros Clandestinos o detenidos como presos y presas políticas en distintas cárceles del país, además de un gran número de personas que se vieron obligadas a salir al exilio para salvaguardar la vida.

Pero aun ahí donde el horror se hizo costumbre, donde el miedo se respiraba por las calles y el silencio era ley, la esperanza se mantuvo vigente y cobro más fuerza entre las y los luchadores sociales, quienes se negaron a aceptar que esta fuera la única realidad posible y siguieron enarbolando proyectos políticos de transformación, aun cuando todo estaba en contra. Si bien una parte importante de la sociedad argentina se acostumbró a vivir en estas condiciones y siguió la vida diaria y común, hubo también una parte que decidió no resignarse, que mantuvo siempre la esperanza de que había otra realidad posible. Esta precisa esperanza es una crítica de lo existente, retomando el concepto de Mark Horkeimer (1973), quien nos habla de la esperanza como un posicionamiento que se niega a aceptar que la realidad circundante debe ser aceptada tal cual está, como si el orden de las cosas proviniera de un designio divino. Dentro de este concepto la esperanza es una suerte de no resignación, de apertura de posibilidades y de desnaturalización de las condiciones de opresión, que por tanto llama a la acción y al ejercicio de la transformación social.

Ernst Bloch (2006) señala que es precisamente en estos contextos de crisis, en donde la esperanza emerge como un recurso humano -y agregaríamos colectivo-

que permite mantener el sentimiento de confianza en el porvenir. Para Bloch la esperanza es inherente al ser humano, le acompaña en todo momento y en todas las épocas, pero es precisamente en los momentos de crisis cuando cobra más sentido, como él mismo señala: «es justamente cuando el presente se vuelve más opaco y sombrío, como en los tiempos de guerra que se percibe con más fuerza ese irresistible impulso hacia el futuro que siempre está vivo en nosotros» (Bloch, 2006, p. 302) Es ante la más terrible crisis que la esperanza adquiere fuerza, por tanto en los contextos de persecución, de represión, de tortura y de muerte, la esperanza se hace indispensable para sostener lo más esencial, mantener la vida misma.

En este mismo sentido Bloch afirma que se piensa en la utopía justamente cuando algo no está bien. «la utopía delata principalmente una carencia y nos revela que en nuestra vida hay, por así decirlo, un espacio vacío» (Bloch, 2006, p.p. 230.-231) Al mismo tiempo, el pensar en una utopía es simplemente atreverse a mirar más allá de la realidad existente. «pensar significa traspasar», superar la realidad dada para mirar con esperanza hacia un futuro anticipado por nuestra «conciencia anticipadora» (Fusaro, p.33).

Esta idea del pensar como traspasar es uno de los puntos nodales de Bloch, pues implica pensar más allá, justamente, de la realidad existente. Es la inconformidad con el mundo conocido, lo que resulta clave en el proceso de consolidación de las ideologías y utopías. Esta inconformidad con el orden de las cosas, fue lo que motivó de fondo a los actores políticos argentinos a organizarse frente a un país en constante crisis económica marcado por desigualdades sociales y una fuerte inestabilidad política, provocada por la fluctuación entre apuestas democráticas y gobiernos profundamente autoritarios. Se fue consolidando entonces una suerte de utopía que aspiraba a un cambio de realidad, un sueño de transformación de las condiciones de opresión en torno al cual se estructuraron las agrupaciones revolucionarias, que, aunque plantearon distintas estrategias de lucha -algunas armadas, otras políticas y unas más con una combinación de ambas formas- todas confluían en la necesidad de cambiar la realidad.

Sobre esto nos habló Berenice Koch, quien se unió a la Juventud Peronista y estuvo centrada en el trabajo barrial hasta su detención en 1975, ella comenta: “todas en general soñábamos con una sociedad igualitaria. A donde no hubiera gente muy rica y gente muy pobre. En realidad, soñábamos con una revolución socialista” (Koch, comunicación personal, 2023). Por su parte Nuria Lareo, militante montonera, confirma: “esa utopía que teníamos nosotros de tener un país más equitativo más igualitario en unas cosas. Con oportunidades para todos, con mejor distribu-

ción de la riqueza” (Lareo, comunicación personal, 2023) Es decir que, independientemente de las formas y estrategias de lucha, la utopía común era terminar con las condiciones de desigualdad y el empobrecimiento al que estaba sometido un amplio sector de la sociedad argentina.

Hugo Assman, teólogo brasileño que vivió la represión política no solo de su país, sino también de Uruguay y Chile, planteó la necesidad de organizar la esperanza y su defensa afirmando que «a la lógica de la muerte, a la necrofilia del sistema de dominación capitalista hay que oponerles una lógica afirmadora de la vida» (Vidales, 1983, p. 469) La esperanza es, en este sentido, una afirmación de la vida que se sobrepone a una violencia que opera con la lógica de muerte. Por eso fue fundamental entre los actores revolucionarios argentinos, que ante la lógica de muerte impuesta por la dictadura siguieron apostando por la vida.

Andrea Neira, perteneciente al Partido Comunista y cuya hermana Mónica Neira era militante del Partido Revolucionario de los Trabajadores, hablando de las motivaciones y sueños que les guiaron para sumarse a la lucha revolucionaria compartía:

En general era un mundo donde no existiera la opresión y donde todos tuviéramos acceso a la educación, a la salud, a los derechos básicos (...) a la felicidad, a la alegría, a la recreación, porque no es todo trabajo. También a tener el derecho al esparcimiento. Porque además eran, es una generación muy marcada por la alegría, aunque estaban con la vida siempre ahí en un hilo (Neira, comunicación personal, 2023)

Aunque la muerte estaba al acecho, aunque tenían conciencia de que podían ser desaparecidas en cualquier momento -como ocurrió con Mónica Neira detenida desaparecida el 11 de enero de 1971y de quien aún no se tiene certeza- muchas y muchos argentinos siguieron activando porque se negaban a aceptar que ese sistema en el que vivían fuera la única manera de estar, porque no se resignaban a que esa forma de vida era la única posible.

## La esperanza como praxis

En 1983 Raúl Vidales y Luis Rivera Pagán impulsaron desde el Departamento Ecu-  
ménico de Investigaciones de Costa Rica el II Encuentro de Científicos sociales  
y teólogos, para discutir a profundidad el tema de la esperanza en un contexto

latinoamericano marcado por las dictaduras militares, los conflictos armados y la represión política. Teniendo ese telón de fondo, se dieron a la tarea de repensar el concepto de la esperanza desde la perspectiva cristiana, afirmando que en ella estaba contenida la “praxis política de la liberación” (Vidales, 1983, p. XXIV), pues implicaba precisamente hacer un llamado a la acción. En este sentido afirman:

se genera una dialéctica de la esperanza, que involucra tanto las mediaciones reales de factibilidad como el horizonte infinito como meta total y universal de realización de un orden de libertad. De esta manera el fin está siempre ausente, pero moviendo desde el futuro e inspirando los procesos concretos de liberación en el presente, es decir, organizando la esperanza. (Vidales, 1983, p. XXV)

En dicho encuentro, Carlos Rodríguez, planteaba el riesgo de vivir en una sociedad sin utopía porque implicaría la aceptación del mundo como estaba. En un mundo marcado por la lógica de la muerte y la violencia, resaltaba la necesidad de afianzar «la idea de la construcción de un mundo plenamente humano por la oposición a la topía vigente y a través de su plena transformación» (Vidales, 1983, p. 82). Es decir, que al negar la posibilidad de la utopía se estaría negado la posibilidad de pensar futuros distintos.

La historiadora Elena Sánchez Mora planteaba, por su parte, que la utopía solo cobra sentido cuando se concreta en la acción:

lo que hace realmente concreta a la utopía es su relación con la praxis pues ni la una ni la otra tiene razón de ser si no es cuando se complementan. Separada de la praxis la utopía es un mero ensueño o una evasión de la realidad social y la praxis sin la utopía es una simple estrategia política. (Sánchez, 1980, p.89)

La utopía es el motor que guía el camino bajo la idea de que es posible llegar a construir un mundo más justo. Decía Eduardo Galeano que la utopía sirve para caminar, para seguir andando. Esto implica que «las utopías no existen como realidades sociales. Suelen existir cuando se hacen ideas y principios de acciones colectivas en la dirección de un horizonte histórico que no por ser a menudo inalcanzable, deja de ser generador de hechos políticos» (Vidales, 1987, p. 85).

La utopía surge como oposición a la topía, es un rechazo a lo existente, la esperanza es entonces una especie de crítica a la realidad presente, que supone la existencia de algo mejor «se convierte así en un ideal de deseo que lleva la etiqueta:

así debería ser o así podría ser» (Fusaro, 2018, p. 37). Ahora bien, lo importante es que este deseo esta fundado en cosas posibles que pueden construirse, lo que lo hace una esperanza razonable, fundada. En este sentido se aleja de la idea de esperanza infundada de Karl Löwith (2006), que opera desde la religiosidad o la fe ciega. Aquí se habla de cosas que son posibles, está basado en la realidad tangible y es algo realizable. Por tanto, «la esperanza es un principio subjetivo y objetivo a la vez. Si tenemos esperanza es porque la realidad se presta para ello» (Fusaro, 2018, p. 39). No es un invento a partir de la nada, sino que surge de una concreción, y al mismo tiempo implica una subjetividad creadora que va más allá de los bordes establecidos.

La esperanza no implica vivir en el futuro o en la insatisfacción, sino en el motor de la construcción “es necesariamente escatológica y trascendente, insatisfecha con la realidad presente y por eso mismo asomada al futuro» (Fusaro, 2018, p. 45). Es decir, la esperanza es un llamado a la acción, a la búsqueda de ese futuro distinto, que puede tornarse utópico, pero en el que está empeñado en construir porque se avizora posible. En ese sentido, es que podemos entender porque los proyectos revolucionarios emprendidos por las organizaciones insurgentes argentinas no cesaron, se mantuvieron activas aun cuando la violencia arreció, pues lo que estaba en juego era precisamente un proyecto de futuro que implicaba la acción y en pos de ese futuro mantuvieron empresas muy audaces, aun en los momentos en que parecía estar todo casi perdido, como es el caso de la contraofensiva de Montoneros entre 1979 y 1980, que llevaron a cabo porque sentían que aún había marco para la acción, como planteo Ana Testa, militante de esa organización, en el juicio de la Contraofensiva “Vinieron absolutamente convencidos, decididos, a pelear para que se termine la dictadura” (Montenegro y Tebele, 2021) <sup>2</sup> Esto nos da cuenta de lo que plantea Alberto Morales «sólo la defensa permite que la esperanza no sea un mero deseo, sino una realidad» (Vidales, 1983, p. 422)

Paulo Freire en su texto sobre *Pedagogía de la esperanza* (1996) es muy cuidadoso en señalar que la esperanza no se limita a hacer crítica pasiva a la realidad circundante, por el contrario, es una llamada a la acción, a la praxis, una búsqueda por encontrar salidas a las condiciones de opresión. Nos dice en este sentido que no es la esperanza la que es pasiva, sino la desesperanza que en tanto desesperación llama a la inacción y a la resignación. Las organizaciones revolucionarias lograron mantenerse en el terreno de la acción, justamente porque no cayeron del todo en

<sup>2</sup> La estrategia de la Contraofensiva merece en sí de todo un análisis profundo respecto a las motivaciones, decisiones y emociones que la guiaron, me limito aquí a referir el texto de Hernán Cofino (2021)

la desesperación, porque siguieron pensando que el cambio era posible y como veremos más adelante, muchas de las personas que participaron siguen pensando hoy que esta transformación es aún viable, aunque la lectura política y la elección de los métodos se haya ido modificando con el transcurrir del tiempo.

Fromm presenta la esperanza como un temple de ánimo que acompaña la fe, pensando en una fe racional que significa esta disposición a la acción y no la irracional que solo espera que algo suceda. Es decir, que la esperanza se ofrece como la posibilidad de transformar la realidad, tener esperanza es «estar preparado en cada momento para lo que todavía no ha nacido y aun así no desesperarse si no hay ningún nacimiento en el transcurso de nuestra vida» (Fromm, 2000, p. 109) Retoma de Michael Maccoby el término *Activeness*, como una disposición, el “intenso estar listo para actuar” (Fromm, 2000, p. 23), una disposición para asumir la agencia transformadora, rompiendo con los moldes establecidas.

La esperanza tiene una potencialidad política pues implica que el ser se asume como un sujeto protagónico con la capacidad para cambiar el curso de los acontecimientos, pero que no actúa por mera respuesta, sino que implica una lucha planeada, que sale del terreno individual y busca la acción colectiva. “En cuanto a necesidad ontológica la esperanza necesita de la práctica para volverse historia concreta. Por eso no hay esperanza en la pura espera, ni tampoco se alcanza lo que se espera en la espera pura, que así se vuelve espera vana” (Freire, 1996, p.8) La esperanza requiere de la acción, pero también de la creatividad, como señala Freire «El sueño es tan necesario para los sujetos políticos, transformadores del mundo y no adaptables a él, como fundamental es para el trabajador proyectar en su cerebro lo que va a hacer, antes de la ejecución» (Freire, 1996, p. 88).

En el ejercicio mismo de la praxis se va conformando y afirmando esta subjetividad política, Alejandra Oberti señala para el caso de las militantes argentinas:

no se trata de poner en práctica un plan prefijado y anterior a la existencia de los sujetos, sino de pensar en una subjetividad que se forma en el arco de la acción. En este sentido, se puede señalar que el ejercicio del poder por parte de las militantes, aunque no se inscriba en la lógica de la liberación de la mujer, implica praxis y como tal un proceso de subjetivación que las desplaza del lugar tradicional (Oberti, 2015, p. 235)

Es decir, que es en el ejercicio de la praxis revolucionaria los y las sujetas fueron afirmando su agencia, configurando y reconfigurando sus esperanzas, sus sueños y utopías. No era algo dado en sí, sino un proceso en construcción.

El presente como acción abre el futuro como probabilidad «la fuente viva de la esperanza radica en un futuro, del que procede constantemente una nueva época, una nueva posibilidad y una nueva libertad» (Moltman, 1983, p. 48) El futuro se ofrece como oportunidad que está en construcción, que parte de la negación del presente, pero apunta a la creación de algo nuevo.

## El futuro como posibilidad

Hay una noción clave en Bloch, en donde se encuentra con Walter Benjamin, al afirmar que al iluminarse el futuro como posibilidad se abre la puerta para repensar el pasado mismo, en palabras de Fusaro «Adelantando el tiempo futuro, la esperanza pone en tensión también las otras épocas, despertando a los hombres y a sus pensamientos enterrados en el pasado y convirtiéndolos en elementos viables para la realización del futuro deseado» (Fusaro, 2018, p. 33) Pensar la esperanza como categoría de análisis hace volver la vista al pasado para encontrar ahí lo que Benjamin nombra como la “Chispa de la esperanza” (Benjamin, 2007, p.68 ), es decir aquello que dentro de los intersticios de la dominación logró marcar los puntos de ruptura.

Al estudiar el pasado encontramos la latencia de la que hacemos parte. Es preciso entonces romper con la invisibilización a la que nos ha sometido la dominación, hacer visible lo invisible, no acallar nuestras luchas sino tenerlas presentes porque en ellas está la posibilidad de un futuro distinto. Al tiempo vacío y fragmentario de la modernidad dominante debe oponérsele un tiempo lleno, un tiempo de liberación. Tischler, siguiendo a Benjamin, plantea que el capitalismo, el estado y el mercado buscan producir individuos abstractos sin historicidad y para ello hace un despojo de la historia, imponiendo discursos únicos, historias nacionales que consumen las resistencias de los pueblos y limitan la pluralidad a un todo homogéneo. “Nacionalizar la memoria es fetichizar la historia” (Tischler, 2005, p. 106) Con la cooptación de la historia se deja a las generaciones presentes huérfanas de referentes de resistencia y se naturalizan las condiciones de opresión. Sin embargo, si miramos la historia a contrapelo (Gilly, 2000) podemos encontrar la esperanza que sostuvo a las personas aún en los tiempos más sombríos.

El pasado, nos dice Eagleton, “nos confiere los recursos de la esperanza, no solo la posibilidad especulativa de un futuro algo más gratificante» (2016, p. 58) y añade «Si la tarea del historiógrafo revolucionario es urgente es porque la historia que trata de redimir corre constantemente el peligro de desaparecer» (Eagleton, 2016,

p. 54) se trata de narrar y visualizar la esperanza para que la desesperanza no nos carcoma los huesos y la historia.

Se puede entonces pensar ciertos pasados como la inspiración de futuro. En el caso argentino el peronismo se fue consolidando a lo largo del siglo XX e incluso del siglo XXI como un referente al cual asirse, construyéndose la idea de que este pasado contenía la latencia de lo que pudo ser, pero no llegó a consolidarse. Es decir, no se plantea una vuelta al pasado en sí, sino a las posibilidades que se abrieron en ese pasado y que no llegaron a concretarse, una suerte de memoria utópica, que traza una relación entre el pasado, el presente y el futuro. No es el futuro como promesa sino el presente como acción que abre el futuro como probabilidad.

Bloch hace una fenomenología de los deseos y los afectos, y habla de los afectos de espera que se refieren a lo que todavía no llega, que falta y que es de donde surgen los deseos, que nos indican que la vida presente no es como debería ser. Según este autor esto implica ámbitos que van desde lo más superficial como podría ser un deseo material, hasta lo más profundo. Pasa por una dimensión que atraviesa los deseos individuales pero que solo cobra sentido cuando se vuelven colectivos, generando así una esperanza social. Ahora bien, esto no significa que se tenga una claridad sobre la forma en que debe ser ese futuro, es solo una especie de punto ciego de nuestra mirada hacia la cual nos dirigimos sin certeza absoluta «La única luz capaz de alumbrar esta oscuridad que envuelve el presente y el futuro, la única realidad que ilumina la oscuridad es la esperanza» (Fusaro, 2018, p. 36) Es con base en la esperanza que mantenemos la fuerza y el motor en el tiempo presente para seguir adelante, pues nos hace pensar que el futuro puede ser distinto.

Eagleton (2016) le critica a Bloch esta idea por considerar que el hecho de la existencia de un futuro distinto no tiene materialidad, pues no puede saberse si el futuro vendrá mejor. Sin embargo, me parece que la potencialidad del futuro como posibilidad radica justamente en no tener la certeza de lo que será y poder entonces imaginar y crear. La esperanza abre caminos, muchas veces inciertos y que pueden incluso tomar otras formas no necesariamente mejores. La potencialidad no deriva en la materialidad de ese futuro sino precisamente en la posibilidad de esto nuevo, pues en esto que no ha sido es que se permite imaginar caminos.

Es en ese sentido que Bloch habla de la esperanza como algo que todavía no ha logrado suceder, algo que todavía no ha llegado a ser, es decir, como aquello que puede llegar a suceder pero que aún no ha tenido su concreción histórica, «las formaciones - sustancia del mundo están llenas de tendencias del Todavía-No hacia del todo» (Bloch, 2007, p. 507) La esperanza es la inauguración de lo nuevo y se reconoce en

ella la capacidad creativa para pensar en nuevas formas de organización social que contemplen relaciones más equitativas.

Esta creación cobra más sentido si se piensa en razón de la colectividad, pues como he señalado la esperanza está situada, es decir responde a un contexto específico. La lucha revolucionaria argentina de los años 70 estaba marcada por la situación política latinoamericana con el triunfo de la revolución cubana como referente, la guerra fría en el telón de fondo internacional, la revolución china, los movimientos de liberación anticolonialistas y las organizaciones de los países vecinos. Todo eso estaba en el horizonte de los pensamientos de los y las integrantes de las organizaciones sociales y armadas argentinas, además de los hilos de su propia historia nacional y el ideal de un peronismo plagado de contradicciones. Esa era la latencia de su pasado y de su presente que marcaba los distintos proyectos de futuro que enarbolaron las organizaciones revolucionarias, no existía un solo modelo de la sociedad futura, una sola esperanza, sino una potencialidad de lo que podría llegar a ser y aún no había sido.

En los testimonios de las militantes están presentes los paradigmas del socialismo, del marxismo, del comunismo y las experiencias históricas de Cuba, de la Unión Soviética, de Nicaragua como un horizonte de lo posible. Andrea Greco, quien inicio su militancia en 1971 en organizaciones peronistas universitarias para sumarse años más tarde a Montoneros, nos cuenta sobre el horizonte de la época:

Vos tenías una Unión Soviética sólida, importante, estamos hablando de los 70's, una Cuba que se enfrentaba con los Estados Unidos y que era como el aeropuerto para desarrollar una guerra que podían atacar los americanos, bueno, los marines y toda esa historia que después hicieron. Tenías, qué sé yo, desde todos los líderes de las organizaciones armadas africanas, desde Patrick Lumumba en los 60's. También había no armadas. Nosotros teníamos una estructura de parámetro, no es que pensábamos exactamente igual que en el 17 que llegábamos a tomar los Jardines de Invierno. Pero sí teníamos una actitud, no éramos los únicos (Andrea Greco, comunicación personal, 2023)

Coincide con este análisis Gabriela Lombardo, que inicio su militancia en grupos católicos progresistas y quien también se sumó a la Organización Montoneros

Vivíamos mucho la herencia de la revolución cubana, la revolución, el proceso revolucionario argelino y obviamente la lucha heroica del pueblo vietnamita que estaba en pleno desarrollo, digamos, eran como nuestros tres referentes internacionales, además de las

distintas experiencias que se estaban dando, sobre todo en países de América Latina, en Colombia, en Venezuela, en Uruguay, incluso en Chile (Gabriela Lombardo, comunicación personal, 2023)

Había en la memoria de los y las revolucionarias un horizonte de experiencias pasadas y presentes que apuntaban por la transformación social, pero no había nada escrito en piedra, es decir no buscaban copiar un modelo ideal sino crear algo nuevo a partir de la apertura que ofrecía todo ese marco de experiencias. Esta idea de lo nuevo toma forma en la famosa noción del hombre —o la mujer— nueva, que precisamente hace alusión a la creación de algo que todavía no existía, de una forma de ser que estaba en construcción, como plantea Gabriela Lombardo: “no iba a ser el resultado final una vez que triunfara la revolución y se tomara el poder para el pueblo, sino que la construcción del hombre nuevo era parte del proceso de construcción de construcción revolucionaria” (Lombardo, comunicación personal, 2023) No había, como señala esta militante, una concepción estandarizada del hombre nuevo, no era un patrón a seguir, sino que se apelaba a una ética revolucionaria que implicaba una potencialidad de lo que pudiera llegar a ser. Esto nos hace pensar en la noción de Hanna Arendt acerca de la praxis, que puede ser en si misma definida precisamente como un proceso en construcción que no copia modelos, poiesis, sino que va hacia lo que no es aún, hacia lo que no tiene garantía y es impredecible.

Al pensar en la inauguración de lo nuevo estamos implicando que existe una capacidad creativa para emerger vida donde ha sido negada, donde se han impuesto borramientos como el caso argentino. Donde se planeó la eliminación de grupos sociales y se les sometió a condiciones inhumanas, emerge la esperanza como una posibilidad de pensar un futuro distinto. Esto no significa que haya una negación de las circunstancias de opresión o de la condición de sometimiento, por el contrario, como plantea Moltman, «la esperanza genuina no es un optimismo ciego. Es esperanza con los ojos abiertos, que ve el sufrimiento y, sin embargo, cree en el futuro» (Moltman, 1983, p. 29).

Durante la dictadura argentina la violencia política se volvió generalizada, cualquier forma de organización era considerada como subversiva y por tanto era objeto de persecución. Se criminalizaron a estudiantes, sindicalistas, artistas, maestras y todo aquel que osara mostrar mínimamente rechazo al régimen. Se establecieron además mecanismos de control poblacional, para promover las delaciones y generar un clima de terror. Como parte del aparato represivo que se desplegó, se dio la

detención ilegal y desaparición forzada de personas consideradas subversivas. El paradero de muchas de ellas sigue aún sin ser esclarecido. La mayoría de las personas secuestradas por el régimen fueron trasladadas a los CCDTyE. Existieron al menos 340 de estos centros clandestinos y se estima que miles pasaron por estos sitios, donde fueron sometidos a torturas, vejaciones, abusos sexuales, psicológicos y en muchos casos fueron asesinados, fingiendo falsos enfrentamientos o desapareciendo sus cuerpos, tirándolos al mar en los infames vuelos de la muerte. Otras personas fueron trasladadas a la cárcel pública y permanecieron como presos y presas políticas, algunas hasta el fin de la dictadura o incluso un tiempo después.

Pilar Calveiro (2019), afirma que la dictadura puso en juego una estructura totalizante dentro de los centros clandestinos que buscaba la despersonalización de los y las detenidas y con ello negar su humanidad. Sin embargo, el objetivo no se logró por completo, pues entre las personas secuestradas se generaron mecanismos de resistencia que de alguna manera buscaba hacer frente al dispositivo de aniquilamiento, desde lo más imperceptible e íntimo, hasta acciones de mayor envergadura, encontrando la fuerza para defender la vida que les estaba siendo negada. Dentro de estos campos de concentración algunos secuestrados encontraron la fuerza para mantenerse esperanzados, aspirando a la vida y a la libertad, conservando la dignidad de lo humano hasta el filo de muerte.

## **La capacidad creativa de la esperanza**

La esperanza es la capacidad de imaginar, soñar y crear, como actos políticos que construyen o proyectan futuros posibles. Es un estado emocional que toma materialidades concretas a través de algunas acciones o expresiones. En los años de la dictadura argentina podemos rastrear la expresión de la esperanza en la creación de utopías, en la tarea de construir un mundo soñado donde hubiera condiciones de vida digna para todos y todas. Esta motivación fue el motor para articular las estrategias de lucha dentro de las organizaciones, ya fueran armadas o no, y lejos de desdibujarse con la represión política de la dictadura cobro más fuerza a nivel organizativo, pues dejó en evidencia la injusticia del régimen en el que estaban viviendo.

Sin embargo, a un nivel personal -aunque lo personal es siempre colectivo- no fue necesariamente esta utopía la que sostuvo la esperanza durante el encierro en los Centros Clandestinos, pues en esos momentos de profundo sometimiento, tuvieron que asirse a lo más esencial, a la posibilidad de la vida en sí. Tzvetan Todorov,

en su texto *Frente al límite*, estudia los testimonios de prisioneros de los campos de concentración nazis, que fueron también situaciones límites (Pollak, 2006) Uno de estos sobrevivientes cuenta de su vivencia de la siguiente manera «Mi instinto me decía que, aunque mis piernas flaquearan, aunque mi espalda se rompiera bajo el peso de las angorillas sobrecargadas de piedras, en tanto que la brisa, las estrellas y la poesía continuaran emocionándome, yo seguiría viviendo» (Todorov, 1993, p. 100) La esperanza aparece aquí como una estrategia emocional para asirse a la vida.

Alejandra Ciriza, militante argentina de esos años, reflexiona en torno a estos cambios en la motivación, y cuenta que en un primer momento se movilizaban por «La profunda sensación de que el mundo era tremendamente injusto y que nosotros y nosotras, la gente joven en ese momento, podíamos hacer algo para transformar ese mundo» (Scheibe, 2021). Sin embargo, una vez que la violencia arreció, si bien esto quedó como un telón de fondo, la esperanza se tuvo que sentar sobre otras bases. Ciriza afirma al respecto “cuando ya veíamos que nuestro proyecto político estaba siendo derrotado, lo que a nosotros y nosotras nos impulsaba a sostener la militancia, tenía que ver fundamentalmente con el compromiso y el amor hacia nuestros compañeros y compañeras» (Scheibe, 2021)

También los hijos e hijas jugaron aquí un papel fundamental para sostenerse ante la tortura de los centros clandestinos, como nos compartió María Retalli militante del Partido Comunista Marxista Leninista (PCML), quien estuvo secuestrada por cuatro meses en el CCDTyE La Cacha, ubicado en la ciudad de La Plata, ese lugar fue uno de los centros de maternidad clandestina donde tenían detenidas desaparecidas a varias mujeres embarazadas, como fue el caso de María que tenía cuatro meses de embarazo al momento de su detención y a quien liberaron poco antes del parto. Sobre esta dura etapa ella nos compartió la fuerza que le dio estar en esta condición

Adentro es todo un proceso de acostumbrarse y de decir “un día más que estoy viva” otra de las cosas que siempre hice, cuando empecé a estar un poquito mejor fue hacer gimnasia, lo que podía, con un brazo, con un pie, movilizarme, porque siempre pensé en la fuga. Entonces, yo tenía que estar bien, pues la panza iba creciendo y yo decía “de acá me tengo que escapar”, “de acá nos vamos a tener que ir”, bueno, eso me mantuvo en actividad. (...) Me parece que lo que a mí me ayudó fue esto de que yo sabía que tenía que estar bien y salir más allá de la tortura, la tortura físicas, los interrogatorios y todo eso fue la primer semana, después recuperación adentro, como más de 15 o 20 días, hasta que tenés que empezar a acomodarte (...) empezar a acomodar la cabeza y esto de tener que alimentarte

y poder caminar y que sé yo, y empecé después la etapa de decir “de acá no vamos a salir más, tenemos que ver cómo fugarnos” (...) la idea de tener que, de fugarnos, de irnos antes del parto era, yo decía “tengo, no puedo parir acá”, porque ahí además empezas a pensar que si parís ahí qué pasa con tu hijo. (María Retalli, comunicación personal, 2023)

Como podemos ver en esta narración ella tenía una suerte de no resignación, se negó a asumir que estaba condenada a muerte y a caer en la pasividad, con los pocos recursos que contaba optó por la acción, por mantener el cuerpo y la mente activas pensando en la posibilidad de una salida, que finalmente no fue una fuga sino la liberación bajo el régimen de libertad vigilada, gracias a que hacia finales del 78 desmontaron el centro y fueron liberando a algunos y algunas de las detenidas que sobrevivieron.

Retalli dibuja lo difícil del encierro y señala que lo mejor para poder sobrellevar esa condición era no pensar demasiado en el afuera y afianzar los lazos entre quienes estaban dentro, centrándose en el hacer cotidiano y en la posibilidad de crear momentos que reafirmaran la humanidad y alimentaran la esperanza, en un contexto que atentaba precisamente contra su dignidad.

Judith Butler, en su texto *Marcos de guerra. Las vidas lloradas* (2010), hace una revisión sobre el proceso de nulificación del otro, que va estructurando afectividades diferenciadas que permiten no solo el ejercicio de la violencia sobre unos cuerpos sino la desvalidación social de ésta por considerarlos seres con menos valía del común de la sociedad. Esta nulificación, este borramiento del ser, atenta contra la dignidad esencial del ser humano y fue lo que pretendió hacerse en los Centros Clandestinos de Detención Tortura y Exterminio, someter la condición de humanidad.

Ante esta nulificación del otro, Butler estudia la forma como los prisioneros de Guantánamo acudieron a la poesía como un acto de dignificación humana ante la imposición de la precariedad. Nos dice «Los poemas, a la vez, constituyen y vehiculan una capacidad de respuesta moral a una base argumentativa militar que ha restringido la capacidad de respuesta moral a la violencia de una manera incoherente e injusta» (Butler, 2010, p. 90). Los prisioneros encontraron en las palabras la oportunidad para recuperar la vida, para respirar, para responder «como un acto radical de interpretación frente al sojuzgamiento indeseado» (Butler, 2010, p. 93).

Sandra Ivette González centra sus trabajos precisamente en el estudio de la poesía de mujeres en los contextos dictatoriales de Chile y Argentina, sobre ello reflexiona

Escribir poesía durante las dictaduras fue una estrategia política para recuperar la palabra y de alguna forma el cuerpo (...) una estrategia para recuperar la voz, escribir o volver a escribir implicó “sacar la voz” desde lo recóndito donde había sido obligada a permanecer, rearmarse y, por supuesto, rearticularse con otras personas (González, p. 137)

Los poemas en estos contextos son cantos a la vida ahí donde la vida ha sido negada. Ponen en evidencia la humanidad de quien estaba sometido, humanidad en tanto la capacidad creativa y en tanto la posibilidad de vislumbrar una vida distinta. La poesía, y podríamos decir que el arte en general, es una resistencia en estas condiciones porque permite salvaguardar la condición humana y, al mismo tiempo, abre una ventana para imaginar mundos posibles. Dice Theodor Adorno que “en una época de horrores incomprensibles, solo el arte puede resistir al olvido” (2005)

Nubia Cuan, militante de la organización Vanguardia Comunista, compartió en entrevista otra muestra de esta manera de afirmar la vida en un entorno de muerte como lo era el CCDTyE *El Vesubio*, donde estuvo detenida-desaparecida por 4 meses.

En alguna oportunidad nos sacaron afuera a tomar sol. No sé por qué, si tenían que desinfectar por qué teníamos todas piojos, era un desastre eso, o porque el teniente coronel venía para revisar. Y bueno, en ese momento les preguntamos si podíamos cantar una canción, y cantamos dos canciones entre todos para levantarle un poco el ánimo a los compañeros que estaban enfrente, que unos conocíamos y otros no conocíamos, pero sabíamos que todos estábamos en las mismas circunstancias, desgajados. Y bueno, ese también, fue un acto importante, porque era como decir, estamos vivas, seguimos acá, nos atamos a la vida. (Cuan, comunicación personal, 2023)

También María Retalli compartió este tipo de momentos “en especial cantábamos cuando entraba alguien, para darle ánimos. Que escuche voces vivas, de gente, compañeros, voces de jóvenes, una canción como para que entienda ahí todavía hay vida, que se puede resistir, que podíamos cantar” (Retalli, comunicación personal, 2023) aunque como ella misma narra esto no era fácil y muchas veces les valía la reprimenda de los militares.

Estas pequeñas acciones se volvieron todo en los momentos de crisis, pues abrían la puerta para pensar que esa no era la única realidad posible, que habría un mañana de esperanza, que más allá de los muros seguía estando presente la lucha y que dentro de ellos seguía palpitando la vida, seguían resistiendo, aferrándose a

la vida, aunque muchos y muchas de las militantes secuestradas dejaron en estos centros su último aliento.

## La vigencia de la esperanza

La esperanza es una cuestión ontológica, es como decía Freire (1996) un imperativo existencial e histórico, sobre todo cuando nos enfrentamos a realidades adversas. Estas mujeres supieron enfrentar en su momento toda la violencia que desató la dictadura y hoy enfrentan nuevos retos. Unos meses antes de anunciarse el triunfo de Javier Milei tuve la oportunidad de dialogar con varias ex militantes sobre la pervivencia de la esperanza en estos años que estamos viviendo y me encontré con mujeres que, pese a haber pasado por cosas terribles, continúan creyendo que es posible alcanzar una mejora social. Quiero cerrar este artículo compartiendo sus reflexiones porque considero que nos permiten tomar aliento antes estos nuevos tiempos. Berenice Koch, militante de la juventud peronista, nos compartió en entrevista

Yo esos sueños no los perdí nunca (...) Yo creo que tuvimos que ir adaptándonos; o más que adaptándonos, entendiendo la realidad de cada momento. Ahora, que una cosa es entender que la realidad cambió, otra cosa es perder la utopía o la aspiración de que las cosas puedan ser distintas y en ese sentido creo que siempre estamos haciendo cosas en función de eso. Yo fui docente 32 años en la facultad y como daba Sociología, tenía toda la posibilidad de hablar de las cosas que tienen que ver con lo que fue la realidad latinoamericana, Argentina, el neoliberalismo, podíamos hablar de todo. Para mí, aunque fuera lo chiquito, que vos podes abrirle la cabeza a la gente y que te pregunte y que le cambies la manera de pensar. (Koch, comunicación personal, 2023)

Por otro lado, Nidia Beltrán, quien tras años de pertenecer a organizaciones comunistas ha encontrado en la educación popular su espacio de militancia política y sigue asistiendo cada jueves a la plaza de mayo para exigir justicia por los y las desaparecidas, entre quienes se encuentra su hermana, plantea:

la esperanza es fundamental, es el motor que nos mueve, aunque a veces somos pesimistas. Pero fijate que Paulo Freire escribió *Pedagogía de la esperanza* cuando era el fin de la historia de Fukuyama, pero estaba naciendo el zapatismo, ahí la luz. En un momento que parecía

el fin de las ideologías y Paulo Freire escribe la Pedagogía de la esperanza y eso nos mueve. El tema es como la alimentamos, como la construimos, como la sostenemos desde los colectivos, como ponemos el eje no en lo que nos falta, también en lo que hemos logrado, parece que nunca ganamos y bueno hay que también poder ver que hemos ganado en todo esto, ganado en el sentido de que hemos aprendido, hemos superado. Si no parece que todo es pérdida, el sistema todo el tiempo te dice lo que no tenés y eso hace perder la esperanza, bueno ¿cómo recuperar la esperanza? Y también tiene que ver con la recuperación de los procesos históricos, de las luchas históricas y eso crea esperanza. (Beltrán, comunicación personal, 2023)

Lo que plantea Beltrán es fundamental, tenemos que poder mirar, a la par de las derrotas, los aciertos que tuvieron las organizaciones revolucionarias, la violencia y la resistencia, la desesperanza y la esperanza. Esto no significa que haya que hacer una vuelta al pasado, pero sí que podamos recuperar de ese pasado la latencia de una posibilidad de cambio que sirva como alimento para pensar la esperanza desde el presente, permitiendo la emergencia de nuevos sueños de transformación.

El horizonte de futuro ha cambiado en este siglo XXI y se han modificado también los paradigmas de lucha, pero se mantiene vigente la aspiración por una sociedad más justa, más igualitaria, que ahora atraviesa no solo por un tema de clase como en los años 70, sino también un tema de género, de diversidad étnica, de capacitismo, es decir que se ha vuelto una lucha más compleja, que plantea miradas interseccionales y que sigue apostando por la construcción colectiva. Pasado, presente y futuro se entrelazan en la construcción de las utopías, estas van cambiando su forma con el transcurrir del tiempo, se van adaptando al curso de la historia, pero mantienen en todo momento un potencial movilizador.

## Conclusiones

A lo largo del artículo hemos explorado distintas aristas del concepto de la esperanza, que nos arrojan luces sobre su potencialidad como categoría de análisis sociohistórico, pues permite mirar las estrategias emocionales que las colectividades generan ante situaciones límites, como fue el caso de la violencia política de la última dictadura militar argentina.

A través de las voces de algunas mujeres militantes se ha podido rastrear la materialidad de la esperanza, ubicar como se fue construyendo como un principio

de no resignación frente a la situación de desigualdad social y de injusticia que imperaba en la Argentina de los años 60 y 70, que llevo a los y las jóvenes a articular distintos procesos organizativos para tratar de transformar la realidad. Desde las asociaciones católicas progresistas, pasando por partidos políticos hasta las organizaciones armadas, todas estuvieron guiadas por un horizonte utópico marcado por un contexto internacional que hacía pensar que era posible alcanzar el triunfo del proyecto revolucionario y en ello pusieron todo el empeño, poniendo en juego la vida misma.

A raíz del golpe militar de 1976 estos jóvenes tuvieron que enfrentarse a un gobierno atroz, que puso en marcha un sofisticado aparato represivo que buscaba terminar con los anhelos de transformación. La dictadura logro llevarse por delante a muchos de quienes enarbolaron estos proyectos, arrebatando la vida de miles de personas y manteniendo a otras en situación de desaparición, lo que sin lugar a dudas mermo, no solo a esta generación de jóvenes revolucionarios, sino al conjunto de la sociedad argentina, dejándola con vacíos y heridas profundas.

Sin embargo, este aparato represivo no logró exterminar el germen de la esperanza, que fue transformándose ante la violencia. Los y las sobrevivientes de la dictadura generaron diversas estrategias emocionales que les permitieron hacer cara a todo este aparato de horror, aferrándose a la posibilidad del futuro, saliendo al exilio, afianzando los vínculos y las redes. Dentro de los límites que planteaba la detención en los CCDTyE, las y los secuestrados mantuvieron también la praxis esperanzadora, a través de actos tan mínimos, pero tan profundos como cantar una canción, tenderse una mano o compartir el escaso alimento, afirmando la dignidad humana que la dictadura pretendía arrebatarles.

Este artículo es una invitación para profundizar en las formas que ha tenido la esperanza en los momentos de crisis, en los que impera la violencia y la deshumanización. Centrar el foco del análisis en la categoría de la esperanza en estos contextos nos permite afirmar la subjetividad política de las personas, nos distancia de la noción de víctima pasiva y nos da luz sobre sus acciones y sus proyecciones de futuro. Tanto en los años de la dictadura, como en el momento actual, Argentina se enfrenta a la cerrazón de gobiernos autoritarios que buscan imponer su verdad, pasando por encima del respeto a los derechos humanos. Es justo ante este panorama que se hace urgente mirar el pasado para aprender de las lecciones aprendidas, pero sobre todo para rescatar en él la chispa de la esperanza y volver a encender la llama.

## Referencias bibliográficas

- Adorno, Theodor. (2004). *Teoría estética*. Akal
- Arendt, Hannah. (1995). *De la historia a la acción*. Paidós
- Benjamin, Walter. (2007). *Conceptos de filosofía de la historia*. Terramar
- Butler, Judith. (2010). *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*. Paidós
- Bloch, Ernst. (2006). *El principio de esperanza [2]*. Editorial Trotta
- Bloch, Ernst. (2007). *El principio de esperanza [3]*. Editorial Trotta
- Cabnal, Lorena. (2010). Acercamiento a la construcción de la propuesta de pensamiento epistémico de las mujeres indígenas feministas comunitarias de Abya Yala. *Feminismos diversos: el feminismo comunitario*. Acsur-Las Segovias, pp. 11-25.
- Calveiro, Pilar. (2019). *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*. Colihue
- Cofino, Hernán. (2021). *La Contraofensiva. El final de Montoneros*. Fondo de Cultura Económica
- Eagleton, Terry. (2016). *Esperanza sin optimismo*. Taurus.
- Freire, Paulo. (1996). *Pedagogía de la esperanza*. Siglo XXI editores.
- Fromm, Eric. (2000). *La revolución de la esperanza*. Fondo de Cultura Económica.
- Fusaro, Diego. (2018). *Filosofía y esperanza: Ernst Bloch y Karl Löwith, intérpretes de Marx*. Ediciones de Intervención Cultural-El viejo topo.
- Gilly, Adolfo. (2000). *La historia a contrapelo: Una constelación*. Editorial Era.
- Goodwin, J., Jasper, J. M. y Polletta, F. (eds.) (2001). *Passionate Politics: Emotions and Social Movements*. The University of Chicago Press.
- Hidalgo García de Orellán, Sara. “La historia de la historia de las emociones: mapeo de debates en proceso” *Revista Brasileira de História*. São Paulo, v. 40, n° 83, 2020
- Horkheimer, M. (1973). *Crítica de la razón instrumental*. Buenos Aires: Sur.
- Jasper, J. M. (2012). Las emociones y los movimientos sociales: veinte años de teoría e investigación. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, 4(10), pp. 46-66.
- Jover Torregosa, Daniel. (2015). *Memoria de la esperanza. Redes de ternura y solidaridad*. Icara editorial
- Korstanje, Maxiliano y Freddy Timmmermann. (2016). Miedo, trascendencia y política. El proceso de reorganización Nacional. Argentina, 1976. *Historia* 396, 2, pp.341-368

- Löwith, Karl (2006). *Historia del mundo y salvación: los presupuestos teológicos de la filosofía de la historia*. Katz Barpal Editores.
- Martín, María Alejandra y Ana María Mariani (2014). Mujeres en cautiverio: resistencia en contextos represivos, ponencia presentada en el III Congreso sobre género y sociedad: Voces, cuerpos y derechos en disputa, Argentina, septiembre 2014.
- Montenegro, Fabiana y Fernando Tebele (2021) “Crónicas del juicio, día 5, querida compañera, primera entre las iguales” *El diario del juicio*. Causa Contraofensiva por crímenes de la dictadura cívico militar en los años 1979-1980.
- Moltmann, Jürgen. (1983). *Experiencias de Dios*. Ediciones Sígueme.
- Oberti, Alejandra. (2015). *Las revolucionarias: Militancia, vida cotidiana y afectividad en los setenta*. EDHASA.
- Pollak, Michael. (2006). *Memoria, olvido y silencio. La producción social de las identidades frente a situaciones límite*. Ediciones al margen.
- Sánchez Mora, Elena. (1980). *Utopía y praxis*. Trillas.
- Scribano, A. (2008). Cuerpo, conflicto y emociones: en Argentina después del 2001. *Revista Espacio Abierto*, 17, pp. 205-230.
- Scott, James. (2000). *Los dominados y el arte de la resistencia*. Era.
- Scheibe Wolff, Cristina y Vera Gasparetto. (2021). Políticas de Emoción y género en la resistencia a dictaduras militares en el Cono Sur, Laboratorio de Estudios de Género e Historia de la Universidade Federal de Santa Catarina. Conselho Nacional de Desenvolvimento Científico e Tecnológico.
- Tischler Visqueira, Sergio. (2005) *Memoria, Tiempo y Sujeto*. F&G editores-Benérmerita Universidad Autónoma de Puebla.
- Todorov, Tzvetan (1993) *Frente al límite*. Siglo XXI editores.
- Vidales, Raúl y Luis Rivera Pagan (eds) (1983). *La esperanza en el presente de América Latina*. Departamento Ecuménico de Investigaciones.